LEÓN TOLSTOI

Patriotismo y Gobierno

«El patriotismo, es, en nuestros tiempos, antinatural, irracional y perjudicial, a la vez que la causa de una gran parte de los males que sufre la humanidad, y que, por consiguiente, este sentimiento no debe cultivarse, como actualmente sucede, sino, por el contrario, suprimirse y desarraigarse por todos los medios al alcance de los hombres racionales».

Lev Nikoláievich Tolstói

Patriotismo y Gobierno

ePub r1.0
Titivillus 11-02-2019

Lev Nikoláievich Tolstói, 1895

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

I

Me he expresado varias veces ya en el sentido de que el sentimiento de patriotismo, es, en nuestros tiempos, antinatural, irracional y perjudicial, a la vez que la causa de una gran parte de los males que sufre la humanidad, y que, por consiguiente, este sentimiento no debe cultivarse, como actualmente sucede, sino, por el contrario, suprimirse y desarraigarse por todos los medios al alcance de los hombres racionales. Sin embargo, por extraño que parezca el negar que los armamentos universales y las guerras destructivas que arruinan los pueblos son el fruto exclusivo de este mismo pensamiento, todos mis argumentos demostrando el atraso, el anacronismo y el perjuicio del patriotismo, han sido, y todavía son recibidos, o con el silencio, o con un desentendido intencional, o con la contestación extraña, invariable, de que solamente el mal patriotismo (gingoismo o chauvinismo) es condenable, pero que el buen patriotismo es un sentimiento moral muy elevado, y el condenarlo es, no solamente irracional, sino perverso.

En cuanto a la naturaleza de este patriotismo real y bueno, nada se dice; o si algo se dice, consiste en frases declamatorias, exaltadas en vez de una explicación; en el último caso, con alguna otra cosa se sustituye el patriotismo que todos conocemos, y de cuyos resultados todos sufrimos tan cruelmente.

Se dice generalmente que el patriotismo real y bueno consiste en desear para nuestro pueblo o Estado, todos los beneficios positivos que no restrinjan el bienestar de las otras naciones.

Hablando con un inglés durante la guerra en el Transvaal, le manifestaba que la verdadera causa de la guerra no era la avaricia, como generalmente se dice, sino el patriotismo, como lo prueba la actitud de la sociedad inglesa entera. El inglés no quedó conforme conmigo, y me dijo

que, aun suponiendo el caso cierto, resultaría de los hechos que inspira actualmente a los ingleses un mal patriotismo; pero que el buen patriotismo, tal como lo sentía él, consistía en el bueno comportamiento de todos los ingleses, sus compatriotas.

—¿Entonces desea V. que únicamente los ingleses se comporten bien? —pregunté yo.

—«Deseo que así lo hagan todos los hombres» —contestó, demostrando claramente con esta contestación lo que es la característica de los verdaderos beneficios —sean morales, científicos y hasta materiales y prácticos— es decir: que se transmitan a todos los hombres; y, por consiguiente, el desear tales beneficios para alguno, no solamente no es patriotismo, sino que es el reverso de lo patriótico.

Tampoco no consiste el patriotismo en mantener las peculiaridades de cada pueblo; aún cuando ellas hayan sido sustituidas por sus defensores, por la concepción del patriotismo. Dicen que las singularidades que caracterizan a cada pueblo son una condición esencial del progreso humano, y que por consiguiente el patriotismo que trata de mantenerlas es un sentimiento bueno y útil. Pero ¿no resulta evidente que, si bien en tiempos anteriores estas características de cada pueblo —costumbres, creencias, idiomas— eran necesarias para la vida de la humanidad, no es menos cierto que hoy en día constituyen el obstáculo principal para la marcha de lo que reconocemos como ideal, la unión fraternal de todos los pueblos? Y, por consiguiente, el sostenimiento y defensa de cualquier nacionalidad, sea rusa, alemana, francesa o anglo sajona, determina el sostén y defensa correspondiente no sólo de las nacionalidades húngaras, polaca e irlandesa, sino también de la vascongada, provenzal y otras; no sirve para la armonía y unión entre los hombres, sino para apartarlos y dividirlos.

Resulta que el patriotismo real (excluyendo la forma imaginaria), el patriotismo que conocemos todos, que tiene tanta influencia sobre la mayoría de la gente hoy en día, y hace sufrir tanto a la humanidad, no es la aspiración de beneficios espirituales para nuestro pueblo únicamente, sino un sentimiento muy definido, de preferencia para nuestro propio pueblo o Estado sobre todos los otros pueblos o Estados, y por consiguiente encierra el deseo de poder conseguir para dicho pueblo o Estado las mayores

ventajas y poder posibles; y esto se consigue solamente a costa de las ventajas y poder de los demás pueblos o Estados.

Parece entonces claro y evidente que el patriotismo, como sentimiento, es malo y perjudicial, y como doctrina es contraproducente. Porque es claro, que si cada pueblo y cada Estado se considera el mejor de los pueblos y Estados, todos viven en una ilusión grosera y perniciosa.

Debería esperarse que lo perjudicial e irracional del patriotismo fuera evidente a todos. Pero es un hecho sorprendente que hombres cultos e ilustrados no solamente lo desconozcan, sino que se opongan a toda exposición de lo dañoso y perjudicial del patriotismo, con el mayor ardor, aun cuando no tengan base racional para hacerlo, y persistan en glorificarlo como benéfico y elevado.

¿Qué significa eso?

Una sola explicación de este hecho sorprendente se me presenta.

Todo el progreso humano, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, puede considerarse como un movimiento de la conciencia, tanto en los individuos como en las colectividades, desde las ideas inferiores hacia las más elevadas. Todo el camino recorrido por los individuos como por las colectividades, puede compararse a una serie de escalones, desde los más bajos, al nivel de la vida animal, hasta los más altos que ha alcanzado la conciencia humana en un momento dado de la historia.

Cada hombre, como cada grupo homogéneo, Nación e Estado, siempre ha subido y sube esta escalera de las ideas. Unos, en la humanidad, siguen avanzando, otros, quedan muy atrás, y otros —la mayoría— evolucionan siempre en una situación media entre los más avanzados y los más atrasados. Pero todos, en cualquier escalón que se hallen, siguen avanzando inevitablemente desde las ideas inferiores hacia las superiores. Y siempre, en cualquier momento, tanto los individuos como los grupos —los más avanzados, los intermedios y los atrasados— quedan en tres diferentes relaciones con los tres grados de ideas, en las cuales evolucionan.

De un lado, para los individuos y para los grupos distintos, están las ideas del pasado, convertidas para ellos en absurdos e imposibles, como, por ejemplo, en nuestro mundo cristiano las ideas del canibalismo, del

saqueo universal, el rapto de las mujeres y otras costumbres de las cuales no queda más que el recuerdo; y del otro lado, las ideas del presente, implantadas en la mente de los hombres por la educación, por el ejemplo y por la actividad de todo su ambiente; ideas bajo cuya influencia viven en un tiempo dado; verbigracia, en nuestros días, las ideas de la propiedad, de la organización del Estado, del comercio, el comercio, la utilización de los animales domésticos, etc. Existen además las ideas del futuro, de las cuales algunas se aproximan a su realización y obligan a los individuos a cambiar su método de vivir, y a luchar contra los métodos viejos; tales ideas son en nuestro mundo, aquellas de la emancipación de los trabajadores, de la igualdad de las mujeres, del desuso de la carne, etc. Pero hay otros que no han empezado a luchar todavía contra las formas más antiguas de la vida, aunque están reconocidas, y éstas son, en nuestro tiempo las ideas (que llamamos ideales), de la abolición de la violencia, del sistema comunal de la propiedad, de una religión universal y de una fraternidad general de los hombres.

Por consiguiente, todo hombre y todo grupo homogéneo de hombres, en cualquiera nivel que se hallen, teniendo detrás de ellos las ideas caducas del pasado, y delante las ideas del futuro, están siempre en un estado de lucha entre las ideas moribundas del presente y las ideas del futuro que brotan a la vida. Generalmente sucede que, cuando una idea que ha sido útil y aún necesaria en el pasado, llega a ser superflua, cede el lugar, después de una lucha más o menos prolongada, a otra idea que hasta entonces había sido un ideal, y que de esta manera llega a ser una idea del presente.

Pero sucede a veces que una idea anticuada, ya reemplazada en la conciencia del pueblo por otra superior, es de tal naturaleza que su sostenimiento es provechoso para cierta gente que tenga la mayor influencia en la sociedad. Entonces ocurre que esta idea anticuada —aunque se halla en contradicción completa con toda la forma de vida superior a su alrededor, que en todos sentidos ha seguido modificándose—, continúe todavía ejerciendo influencia sobre los hombres y modificando sus actos. Esta retención de ideas antiguas siempre ha sucedido y sucede todavía, en la esfera de la religión. La causa es que los sacerdotes, cuya posición lucrativa

depende de la antigua idea religiosa, haciendo uso del poder que tienen, mantienen en el pueblo el culto de ellas.

Igual cosa acontece, y por iguales razones, en la esfera política respecto a la idea patriótica, sobre la cual descansa toda dominación. Personas, para quienes es provechoso hacerlo, mantienen la idea por medios artificiales, aunque carezca actualmente de todo sentido y utilidad; y como estas personas disponen de los medios más poderosos para ejercer influencia sobre las otras, consiguen su objeto.

En eso, a mi parecer, se encuentra la explicación del contraste extraño ante la idea anticuada del patriotismo y la tendencia de las ideas contrarias que ya han entrado en la conciencia del mundo cristiano.

El patriotismo, como sentimiento de amor exclusivo para nuestro propio pueblo, y como doctrina del sacrificio de la tranquilidad y de la propiedad, y hasta de la vida, en defensa de los débiles de nuestra parte, contra la muerte y el ultraje por parte de sus enemigos, era la idea suprema en el período en que cada nación consideraba lícito y justo el someter a la matanza y al ultraje a los habitantes de otras naciones, en provecho propio. Pero ya, unos dos mil años hace, la humanidad, personificada por los representantes más altos de su sabiduría, empezó a reconocer la idea más elevada de la fraternidad entre los hombres; y esta idea, penetrando en la conciencia humana, cada vez más, ha alcanzado en nuestro tiempo diferentes formas de realización.

Gracias al mejoramiento de los medios de comunicación y a la unidad de la industria, del comercio, de las artes y de la ciencia, los hombres están tan ligados entre sí, que el peligro de la conquista, de la masacre o el ultraje de un pueblo vecino ha desaparecido completamente, y todos los pueblos (los pueblos, pero no los gobiernos, se entiende), viven juntos en relaciones pacíficas, mutuamente ventajosas, amistosas, comerciales, industriales, artísticas y científicas, que no tienen necesidad de perturbar ni quieren perturbar. Por lo tanto, parece lo más natural que el sentimiento anticuado del patriotismo —siendo superfluo e incompatible con el conocimiento al que hemos llegado de la existencia de la fraternidad entre los hombres de nacionalidades diferentes—, debe disminuir de más en más hasta desaparecer completamente. Sin embargo, es todo lo contrario lo que

sucede; y este sentimiento pernicioso y anticuado no sólo persiste en su existencia, sino que arde con más y más intensidad.

II

Los pueblos, sin fundamento razonable y contrariamente a su concepción de lo justo, tanto como de su verdadero interés, no solamente simpatizan con los gobiernos en sus atropellos contra las otras naciones, en apoderarse de los territorios ajenos y en defender por la fuerza lo que habían ya robado, sino que ellos mismos reclaman de los gobiernos que comentan estos atropellos y secuestros, y los defiendan, y se sientan contentos y orgullosos cuando aquellos lo hacen. Las nacionalidades pequeñas oprimidas que han caído bajo el yugo de los grandes Estados —los polacos, los irlandeses, los bohemios, los fins o armenios—, al reaccionar contra el patriotismo de sus conquistadores, que es la causa de su opresión, se contagian del mismo sentimiento como de una infección —se contagian de este patriotismo que ha cesado de ser necesario y que actualmente es anticuado, sin significación y perjudicial—, y se contagian de tal manera, que toda su actividad se concentra en él, y ellos, los mismos que sufren por causa del patriotismo de las naciones más fuertes, están prontos a hacer contra otros pueblos, invocando el nombre del mismo sentimiento patriótico, los mismos actos de fuerza que sus opresores han efectuado y efectúan contra ellos.

Esto sucede porque las clases dominantes (incluyendo en ellas, no solamente a los gobernantes actuales con sus subordinados, sino a todas las clases que gozan de una posición excepcionalmente ventajosa: los capitalistas, los periodistas y la mayor parte de los artistas y sabios), pueden sostener su posición, —excepcionalmente ventajosa en comparación con la de las clases trabajadoras— debido exclusivamente a la organización gubernamental que descansa sobre el patriotismo. Tienen en sus manos todos los medios más poderosos para influenciar al pueblo, y siempre mantienen los sentimientos patrióticos vivos entre ellos mismos y en los

otros, precisamente porque los sentimientos que sostienen el poder del gobierno son los que siempre merecen más las recompensas del mismo.

Cada empleado prospera en su carrera tanto más cuanto más pruebas da de patriotismo; el militar gana sus ascensos en tiempo de guerra, y la guerra es también producto del patriotismo.

El patriotismo, y su consecuencia las guerras, rinden una ganancia enorme al negocio de los periódicos y a muchos otros negocios. Cada escritor, preceptor y profesor, se halla más seguro en su puesto cuanto más predique el patriotismo. Todo emperador y rey obtiene tanta más fama cuanto más cultiva el patriotismo.

Las clases gubernamentales tienen en sus manos el ejército, el dinero, las escuelas, las iglesias y la prensa. En las escuelas encienden el fuego del patriotismo en los niños por medios de historias que representan a su propio pueblo como el mejor de los pueblos y el que siempre tiene razón. Entre los adultos, lo encienden por medio de espectáculos, fiestas, monumentos, y por medio de una prensa mentirosa, patriótica. Especialmente inflaman el patriotismo, cometiendo toda clase de injusticias contra otras naciones, provocándolas hasta enemistarlas con su propio pueblo, y explotan después esta enemistad para agriar los ánimos de su pueblo contra el extranjero.

La intensidad de aquel sentimiento terrible de patriotismo ha seguido entre los pueblos europeos una marcha cada vez más rápida, y en nuestro tiempo ha alcanzado los últimos límites a que pueda llegar.

En la memoria de personas que todavía no son viejas, un acto debe recordarse que demuestra claramente la intoxicación asombrosa causada por el patriotismo entre los pueblos cristianos.

Las clases dominantes de Alemania estimularon tanto el patriotismo de la masa del pueblo, que, en la segunda mitad del siglo XIX, se proyectó una ley disponiendo que todos los hombres tendrían que ser soldados; todos los hijos, los maridos, los hombres sabios y religiosos, tuvieron que aprender a matar, haciéndose los esclavos sumisos del primer hombre de grado militar superior que encontraban, y a matar a cualquiera persona al recibir la orden de hacerlo; a matar a los hijos de nacionalidades oprimidas y a los obreros, sus compatriotas, que pudieran levantarse en defensa de sus derechos, y

hasta a sus propios padres y hermanos —como lo proclamó públicamente el más desvergonzado de los potentados: Guillermo II.

Esta resolución horrible, que ultrajaba de la manera más grosera los más nobles sentimientos del hombre, debida a la influencia del patriotismo, fue sancionada por el pueblo alemán sin protesta, y tuvo por resultado su victoria sobre los franceses.

Aquella victoria estimuló más todavía el patriotismo de Alemania, y después el de Francia, el de Rusia y el de las otras potencias; y todos los hombres de los países continentales se sometieron sin resistencia al establecimiento del servicio general militar, es decir, a una condición de esclavitud que exige un grado de humillación y degradación incomparablemente peor que toda la esclavitud del mundo antiguo.

Después de esta sumisión de las masas a la voz del patriotismo, la audacia, la crueldad y la insania de los gobiernos, no reconocieron límites. Una rivalidad en la usurpación de los terrenos de otros pueblos, en Asia, África y América, empezó —obedeciendo en parte al capricho, en parte a la vanidad, y en parte a la codicia— y fue acompañada por una desconfianza y enemistad cada día más grande entre esos gobiernos.

La destrucción de la gente en los terrenos robados, fue aceptada como la cosa más natural. La única cuestión fue quién sería el primero en tomar posesión de los terrenos de otros pueblos y destruir a sus habitantes.

Todos los gobiernos desconocieron descaradamente, no sólo los principios de la justicia en la relación de los pueblos conquistados y en la relación de unos con los otros, sino que fueron culpables y son culpables todavía de esa clase de fraudes, de estafas, de cohechos, de espionajes, robos y asesinatos; y los pueblos no solamente simpatizaban y simpatizan todavía con ellos en todo eso, sino que se alegran cuando es su gobierno y no ningún otro el que comete tales crímenes.

La mutua enemistad entre los diferentes pueblos y Estados ha alcanzado últimamente tan sorprendentes dimensiones, que no obstante el hecho de que no exista razón alguna para que un Estado ataque a otro, sabemos que todos los gobiernos están listos con las garras fuera y mostrando sus dientes esperando solamente que caiga en dificultad alguno o de pruebas de debilidad para hacerlo pedazos con el menor riesgo posible.

Todos los pueblos del pretendido Cristianismo, han sido reducidos por el patriotismo a un estado de tal brutalidad, que no solamente aquellos hombres que están obligados a matar o dejarse matar desean la matanza y la masacre, sino que toda la gente de Europa y América, viviendo pacíficamente en sus casas, no expuestos a peligro alguno, se ponen, cada vez que sucede una guerra —gracias a los medios que facilitan tanto las comunicaciones— como espectadores en un circo romano en la antigüedad, y como ellos, se deleitan en la muerte y levantan el mismo grito: «Pollice verso».

No solamente adultos, sino también niños, niños puros y clarividentes gozan, según su nacionalidad, cuando oyen decir que el número de muertos y estropeados por la melinita y otros explosivos, no es setecientos, sino de mil ingleses o boers.

Y lo padres (conozco algunos casos) ¡incitan a sus hijos a aplaudir semejantes barbaridades!

Pero eso no es todo. Cada aumento del ejército de una nación (y cada nación estando en peligro, trata de aumentar su ejército por razones patrióticas), obliga a sus vecinos a aumentar el suyo también por el patriotismo, y eso reclama otro aumento de parte de la primera nación e igual cosa sucede en los armamentos y las escuadras; si un Estado a construido diez acorazados, su vecino construye once, y entonces el primero hace doce y así hasta la infinidad…

«Te voy a pellizcar»; «te romperé la cabeza»; «te voy a reventar a palos»; «te pegaré un balazo»; «te daré de puñaladas»… Así como niños, borrachos o animales regañan y pelean los Estados; eso es precisamente lo que pasa entre los representantes más altos de los gobiernos más ilustrados, entre los mismos hombres encargados de dirigir la educación y la moral de sus súbditos.

Las cosas van de peor en peor y no hay medio para poner fin a este descenso hacia la perdición.

La única vía de escape en que confía la gente muy crédula, ha sido obstruida por los últimos sucesos. Me refiero a la conferencia de La Haya y a la guerra entre Inglaterra y el Transvaal que la siguió tan de cerca.

Si las personas que poco reflexionan o lo hacen superficialmente pudieran contentarse con la idea de que los tribunales internacionales de arbitraje iban a impedir las guerras y el aumento continuo de los armamentos, la conferencia de La Haya y la guerra que la siguió, demostraron de la manera más clara lo imposible que es hallar una solución de la dificultad por este medio.

Después de la conferencia de La Haya, quedó probado que mientras existan gobiernos con ejércitos, la abolición de los armamentos y las guerras será imposible. Para que sea posible una inteligencia entre ellos, es preciso que tengan confianza los unos en los otros, y para que se fíen las potencias, mutuamente, tienen que deponer las armas como lo hacen las dos partes durante una tregua.

Mientras que los gobiernos, desconfiados unos de los otros no solamente se niegan a licenciar sus ejércitos, sino que los aumentan siempre siguiendo el ejemplo de sus vecinos y por medio de espías vigilan todo movimiento de tropas, sabiendo que cada una de las potencias atacará a su vecino tan pronto como se halle en circunstancias para hacerlo; ningún acuerdo es posible, y toda conferencia en tal sentido es una fórmula inútil o un juguete, o un fraude o una impertinencia, o todas estas cosas a la vez.

Fue sumamente gracioso que el gobierno ruso, más bien que ningún otro haya resultado el niño terrible de la conferencia de La Haya. No siendo permitido a nadie en su casa contestar sus manifiestos y rescriptos tan evidentemente falsos; el gobierno ruso se siente tan mimado, que habiendo arruinado a su propio pueblo bajo el peso de los armamentos sin escrúpulo alguno; habiendo ahorcado a Polonia, saqueando Turquestán y China, y en el momento en que se ocupaba en sofocar las libertades de Finlandia, propuso el desarme a los gobiernos plenamente seguro de que le habían de tomar en cuenta.

Pero por extraña, inesperada y hasta indecente que fuese semejante propuesta, precisamente en el momento que había dado las órdenes de aumentar su ejército, las palabras pronunciadas públicamente al alcance del oído de todo el mundo fueron tales, que para salvar las apariencias, los gobiernos de las otras potencias no podían rehusar la consulta irrisoria y evidentemente hipócrita, y los delegados se reunieron sabiendo de

antemano que nada útil podía resultar, y durante varias semanas, gozando de muy buenos salarios, aparentaron ocuparse mucho de arreglar la paz entre las naciones, riéndose al mismo tiempo, sin duda, con todo disimulo para sus adentros.

La conferencia de La Haya, con su terminación en el terrible derrame de sangre del Transvaal, que nadie trato de contener, fue, sin embargo, de alguna utilidad, aun cuando no la esperada; fue de utilidad al demostrar de la manera más clara que los males que sufren los pueblos no pueden ser remediados por los gobiernos. Éstos no podrían, aun cuando tuvieran el deseo de hacerlo, concluir con los armamentos ni con las guerras.

Los gobiernos, para tener una razón de su existencia, necesitan defender su pueblo contra los atropellos de otro; pero no son los pueblos los que quieren atacar ni atacan nunca a otro, y por lo tanto los gobiernos, lejos de querer la paz excitan la cólera de otros pueblos contra ellos mismos; y habiendo así excitado la cólera de los otros y agitado el patriotismo de su pueblo, cada gobierno asegura a su pueblo que se halla en peligro y que es necesario defenderle. De modo que los gobiernos, teniendo el poder en sus manos, pueden al mismo tiempo irritar a las otras naciones y excitar el patriotismo en su casa y hacen las dos cosas con empeño; ni pueden obrar de otra manera porque su existencia depende de obrar así.

Si en tiempos anteriores fueron necesarios los gobiernos para defender sus pueblos contra los atropellos de otros pueblos, ahora, por el contrario, son los gobiernos los que perturban, artificialmente, la paz que existe entre los pueblos y provocan la enemistad entre ellos.

Cuando es necesario arar para sembrar, el trabajo de arar es oportuno; pero es evidente que es absurdo y dañoso seguir arando después de haber sembrado la semilla. Eso es precisamente lo que los gobiernos obligan a sus pueblos a hacer: estorbar la armonía y la unidad que existe entre ellos y que nada estorbaría si no existieran los gobiernos.

III

¿En realidad, qué son estos gobiernos, sin los cuales tantas personas creen que no podrían subsistir?

Pudo haber habido un tiempo en que fueron necesarios, cuando los malos resultados de ellos fueron menores que las consecuencias de quedar sin defensa contra vecinos organizados; pero ahora tales gobiernos no son necesarios y constituyen un mal mucho mayor que todos los peligros que utilizan para asustar a sus súbditos.

No sólo gobiernos militares, sino gobiernos en general podrían ser, no diremos útiles, sino inocuos, sólo en el caso de que se formaran de personas buenas e inmaculadas, como ocurre entre los chinos, teóricamente. Pero el hecho es que los gobiernos, debido a la naturaleza de su actividad que consiste en ejercer actos de violencia, se componen siempre de los elementos más contrarios a la bondad. Se componen de los hombres más audaces, más sin escrúpulos y más pervertidos.

Resulta que un gobierno, y particularmente uno que tenga bajo sus órdenes el poder militar, es la organización más peligrosa posible.

El gobierno en su sentido más amplio, incluyendo a los capitalistas y la prensa, no es otra cosa que una organización que pone a la mayor parte de los hombres bajo el poder de una parte menor que domina; esta parte menor está sujeta a una parte todavía más pequeña, y ésta, a otra más pequeña aún y así hasta llegar al fin a unos pocos o a un hombre solo, que por medio de la fuerza militar tiene poder sobre todos los demás. Toda esta organización se parece a un cono cuyas partes están completamente bajo el poder de estos hombres, o de la persona sola, que están en la cúspide.

El ápice del cono está posesionado por esta persona o por estas personas que son, o aquella persona que es, más astuta, más audaz y más sin

escrúpulos que las otras, o por alguno que la casualidad ha hecho el heredero de los más audaces y de los más faltos de escrúpulos.

Hoy puede ser Goris Bodonof y mañana Gregorio Otropief. Hoy la Catalina licenciosa que, ayudada por sus amantes, asesinó a su marido; y mañana Gougatchef o Pablo el loco. Nicolás I o Alejandro III.

Hoy puede ser Napoleón, mañana un Borbón o un Orleans, un Boulanger o una Compañía Panamá: hoy puede ser Gladstone, mañana Salisbury, Chamberlain o Rhodes.

Y en manos de tales gobiernos se entrega pleno poder, no solamente sobre propiedades vivas, sino también sobre el desarrollo espiritual y moral, la educación y la dirección religiosa de todos.

Los hombres construyen tan terrible máquina de poder, y dejan posesionarse de ella a cualquiera que pueda (y las probabilidades son siempre de que se apoderará aquél que es moralmente el más indigno), se someten a él servilmente y se asombran después cuando resulta tanto mal. Temen a las bombas anarquistas y no tienen miedo de esta terrible organización que les amenaza continuamente con las calamidades más grandes.

Los hombres creyeron ventajoso el ligarse unos a otros para resistir a sus enemigos, como hacían los montañeses del Cáucaso para resistir a los asaltos de los rusos. Pero el peligro ha pasado completamente y, no obstante, los hombres siguen atándose.

Se ligan de una manera que un solo hombre puede tenerlos a su merced, y entonces tiran al suelo el cabo de la soga que los liga, y siguen arrastrándolo para el primer bribón o tunante que lo empuñe o haga y haga lo que quiera con ellos.

¿Qué hacen los hombres sino precisamente eso, cuando erigen, mantienen y se someten a un gobierno organizado y militar?

Para salvar a los hombres de los males terribles que resultan de los armamentos y las guerras, que continuamente aumentan, no son congresos ni conferencias que se necesitan, ni tratados, ni tribunales de arbitraje, sino la destrucción de aquellos instrumentos de violencia que se llaman gobiernos y de los cuales resultan los más grandes males que sufre la humanidad.

Para destruir la violencia gubernamental, una sola cosa se necesita, y es que los hombres lleguen a comprender el sentimiento de patriotismo que sólo sostiene dicho instrumento de violencia; es pues, un primitivo, indigno y pernicioso sentimiento y que, sobre todo es inmoral. Es un sentimiento primitivo, grosero, porque es únicamente natural en las gentes colocadas en el nivel más inferior de la moralidad, y que no esperan más de las otras naciones sino aquellos ultrajes que ellos mismos están prontos para cometer contra ellas; es un sentimiento pernicioso porque perturba las relaciones ventajosas, alegres y pacíficas con los otros pueblos, y sobre todo porque produce aquella organización gubernamental bajo cuya dirección el poder puede caer y cae, en manos de los peores hombres; es un sentimiento indigno, porque convierte al hombre no simplemente en esclavo, sino en gallo de riña, toro o gladiador que gasta sus fuerzas y su vida en fines que no son los suyos propios, sino los de su gobierno; y es un sentimiento inmoral, porque en vez de declararse hijo de Dios como el cristianismo nos enseña, o siquiera hombre libre dirigido por su propia razón, cada uno bajo la influencia del patriotismo, se declara hijo de su patria y esclavo de su gobierno, y comete actos contrarios a su razón y a su conciencia.

Sólo es necesario que el pueblo llegue a comprender eso, y la traba terrible que llamamos gobierno y que nos tiene atados caerá deshecha por sí sola, sin lucha; y con ella desaparecerán los males inmensos que produce.

Los hombres empiezan ya a comprender la verdad. Por ejemplo, ahí va lo que me escribe un ciudadano de los Estados Unidos:

«Nosotros somos labradores, mecánicos, fabricantes, comerciantes, preceptores, cocineros, y todo lo que pedimos es el privilegio de atender nuestros asuntos. Nuestras fincas nos pertenecen, amamos a nuestras familias y a nuestros amigos con todo afecto y no nos metemos en las cosas de nuestros vecinos; tenemos trabajo que hacer y deseamos trabajar. ¡Dejadnos en paz! Pero no quieren; estos políticos insisten en gobernarnos y en mantenerse ellos con nuestro trabajo. Nos imponen tributos, comen nuestra sustancia, obligan a nuestros hijos a servir en sus guerras. Toda la turba de gente que recibe su sustento del gobierno lo debe a los tributos que nos impone el gobierno, y para llevarlo a efecto se mantienen ejércitos

permanentes. La afirmación de que se necesita el ejército para la protección de país, es todo fraude y pretexto. El gobierno francés asusta al pueblo diciéndole que los alemanes están prontos y deseosos de caerle encima; los rusos temen a los ingleses, los ingleses temen a todos; y ahora, en América, nos dicen que debemos aumentar nuestra armada y ejército, porque de un momento a otro toda Europa podrá conjurarse en contra nuestra.

»Todo eso es fraude y mentira. La gente laboriosa de Francia, Inglaterra y Alemania es contraria a la guerra. No queremos sino que nos dejen en paz. Los hombres que tienen esposas, hijos y novias, padres ancianos en sus hogares, no quieren salir a pelear con nadie. Somos hombres pacíficos y nos espanta la guerra. La odiamos.

»Queremos obedecer a la Regla Dorada.

»La guerra es el resultado seguro de la existencia de hombres armados. El país que mantiene un gran ejército permanente tarde o temprano tendrá una guerra entre manos. El hombre que se jacta de la fuerza de sus puños, ha de encontrarse algún día con otro que se crea más fuerte y pelearán. Francia y Alemania no tienen otra cuestión entre ellas sino el deseo de probar cual es superior. Se han batido varias veces, y se batirán otra vez; y no es que el pueblo quiera combatir, sino que la clase superior sopla en el medio hasta convertirlo en furor, y hace creer a los hombres que deben combatir para defender sus hogares.

»Así resulta que a los hombres que quieren seguir la doctrina de Cristo, no se les permite hacerlo, están saqueados, ultrajados y engañados por los gobiernos.

»Cristo enseño la dulzura, la mansedumbre y el perdón a nuestros enemigos. El Evangelio enseña a los hombres a no jurar nunca, pero la clase superior nos hace jurar sobre la Biblia en que no creen ellos mismos.

»La cuestión es: ¿cómo podemos deshacernos de estos vampiros que nunca trabajan y sin embargo están bien vestidos, con galones y botones de oro; que comen nuestra sustancia y para quienes trabajamos?

»¿Debemos pelearles?

»No, no debemos derramar sangre; además de eso, ellos tienen los cañones y el dinero, y pueden sostenerse mucho más tiempo que nosotros.

»¿Y cómo se compone este ejército que tienen a su disposición para hacernos fuego?

»De nuestros vecinos y hermanos engañados hasta creer que hacen la voluntad de Dios, protegiendo a su país contra sus enemigos; cuando la verdad es que nuestro país no tiene enemigos, salvo la clase superior que hacer creer que vigilan sobre nuestros intereses, con tal de que la obedezcamos y le permitamos imponernos tributos.

»Así se apoderan de nuestros recursos y se sirven de nuestros hermanos para dominarnos y humillarnos. Uno no puede mandar un telegrama a su mujer, ni una encomienda a su amigo, ni vender un cheque en favor del tendero sin pagar un tributo que sirve para mantener hombres armados, que a la voz de mando no vacilarían en matarnos o ponernos presos en caso de no querer pagar.

»El único remedio se halla en la educación. Educad a los hombres en la convicción de que es un crimen matar a otros. Enseñadles la Regla Dorada, y siempre la Regla Dorada. Desafiad sin palabras a la clase superior, negándonos a rendir culto a su fetiche de la Guerra. Dejad de mantener clérigos, que predican la guerra y el patriotismo, obedeciendo a sus intereses egoístas. Que se dediquen ellos a trabajar como lo hacemos nosotros. Nosotros tenemos fe en Cristo; ellos no. Cristo predicaba lo que creía; pero ellos predican lo que creen que es agradable a los hombres del poder: “la clase superior”.

»No queremos alistarnos en el ejército. No haremos fuego cuando nos manden. No calaremos bayonetas contra un pueblo benigno e inofensivo. No haremos fuego sobre labradores que defienden sus hogares, para satisfacer a un Cecil Rhodes. Vuestro grito de ¡el lobo! ¡El lobo no nos arredra! Pagamos nuestros impuestos solamente porque nos obligan por la fuerza, y no pagaremos cuando podamos evitarlo. No pagaremos ya los diezmos de nuestras iglesias, ni sus falsas obras de caridad, y promulgaremos la verdad. Enseñaremos a todos los hombres; y siempre nuestra influencia hará camino, y hasta los hombres en las filas del ejército se desengañarán y rehusarán hacer uso de sus armas. Haremos comprender a todos que la idea de la vida cristiana de paz y de amor supera a la de la lucha, de sangre y de guerra.

»La paz sobre la tierra sólo ha de realizarse cuando los hombres acaben con los ejércitos cumpliendo con los demás como quisiéramos que cumpliesen con los otros».

Así escribe un ciudadano de los Estados Unidos; y de todos lados y en varias formas resuena la misma voz.

Un soldado alemán me escribe de la manera siguiente:

«Hice dos campañas con la Guardia Prusiana, en 1866 y en 1870, y tengo en el alma el odio más profundo por la guerra, porque me ha hecho sufrir de una manera inexpresable. Nosotros, los soldados estropeados, recibimos una recompensa tan mezquina que realmente debemos tener vergüenza de haber sido nunca patriotas. Yo, por ejemplo, recibo 18 centavos por día en pago de mi brazo derecho, que fue atravesado por una bala en el asalto sobre Saint Privat, el 18 de agosto de 1870. Muchos perros de caza reciben más para su sustento: y había yo padecido dos años enteros por causa de mi brazo dos veces herido. Ya en el año 1866 tomé parte en la guerra contra Austria, y combatí en Tratenau y Konigrafz, y presencié bastantes horrores. En 1870, formado en la reserva, fui llamado de nuevo y, como ya he dicho, fui herido en el asalto de Saint Privat. Mi brazo derecho fue atravesado, longitudinalmente dos veces. Había tenido que abandonar una buena colocación en una fábrica de cerveza sin poder recuperarla nunca. Desde entonces he podido recapacitar. Mi intoxicación patriótica pasó pronto y no había otra cosa para el inválido herido, sino mantenerse por medio de una pitanza mezquina, suplementada por la caridad.

»En un mundo donde los hombres se comportan como animales domesticados, y no son capaces de comprender otra idea que la de defraudarse unos a otros por dinero, en un mundo semejante que me tomen por loco pero, sin embargo, siento en mi la idea divina, la paz y amor tan noblemente expresada en el sermón de la montaña. Mi convicción más profunda es que la guerra no es más que un negocio en escala mayor —un negocio en manos de los ambiciosos y los poderosos que juegan con la felicidad de los pueblos—. ¡Cuántos errores hace sufrir! ¡Nunca podré arrancar de la memoria los quejidos y gemidos que me penetraban el alma!

»Hombres que nunca se han ofendido unos a otros, empiezan a masacrarse como animales feroces y otros de alma esclavizada, comprometen al buen Dios, haciéndole cómplice de sus crímenes.

»A mi lado un hombre tuvo la mandíbula despedazada por una bala. El desgraciado se enloqueció con el dolor. Disparó desesperado y, en el gran calor de verano, no pudo conseguir agua para lavar y refrescar su herida atroz. Nuestro jefe, que fue después el emperador Federico el noble, escribió en su diario: “la guerra es la ironía del evangelio”».

Los hombres empiezan, pues, a comprender el engaño que representa el patriotismo, en el cual todos los gobiernos se esfuerzan en mantenerlos.

IV

Pero, generalmente se dice: «¿qué habrá en lugar de los gobiernos?».

No habrá nada. Una cosa que ha sido mucho tiempo inútil, y, por eso, superflua y mala, será abolida. Un órgano que, siendo innecesario, ha llegado a ser dañoso, será suprimido.

«Pero» repiten «si no hay gobierno los hombres se matarán unos a otros».

¿Y por qué? ¿Por qué será que la supresión de una organización que se originó por causa de la violencia —que ha sido transmitida por tradición, de generación a generación, para ser violencia— porqué será que la supresión de semejante organización, actualmente sin utilidad, tendrá por resultado que los hombres se maten y se ultrajen? Todo lo contrario; es de presumir que la supresión del órgano de la violencia tendrá por resultado que los hombres cesarán de ultrajarse y matarse.

Actualmente ciertos hombres están especialmente educados e instruidos para matar y ejercer la violencia con los otros —hay hombres que tienen concedido el derecho de hacer violencia y hacer funcionar una organización que existe al efecto; y los actos de violencia y muerte efectuados por ellos se consideran buenos y laudables.

Pero en aquél entonces no habrá gente así educada e instruida y nadie tendrá el derecho de hacer violencia a otros, y no habrá ninguna organización formada con el objeto de hacer violencia, y, como es natural, también en nuestros tiempos, la muerte y la violencia serán miradas como acciones malas, cualquiera que sea quien las cometa.

Pero suponiendo que estos actos continuarán cometiéndose hasta después de la supresión de los gobiernos, sin embargo, serán seguramente menos numerosos que ahora que tenemos una organización especial con el

objeto de realizar estos actos, y un estado de cosas que reconoce los actos de violencia y de muerte como buenos y útiles.

La supresión del gobierno nos libraría simplemente de una organización que nos ha llegado de herencia desde el pasado, y que tiene por objeto cometer violencia y justificarla.

«Pero, entonces, no habrá ley, ni propiedad, ni tribunales de justicia, ni policía, ni educación Popular», dicen aquellas personas que, con intención confunden el empleo de la violencia por los gobiernos con las diferentes actividades sociales.

La abolición de la organización gubernamental que tiene por objeto la violencia, no significa la supresión de ninguna cosa razonable o buena, y, por consiguiente, no basada en la violencia.

Al contrario, la supresión del poder brutal del gobierno que no tiene otro objeto que su propio sostenimiento, facilitaría el advenimiento de una organización social más justa y razonable que no tendría necesidad de violencia. Tribunales de justicia, asuntos públicos y educación popular existirán mientras que sean realmente necesarios, pero de tal manera que no estarán rodeados con los males del sistema actual del gobierno. Lo que se destruirá será simplemente lo que sea malo y contrario a la expresión libre del pueblo.

Pero suponiendo que con la supresión del gobierno habría tumultos y luchas civiles, todavía la situación del pueblo sería mejor que ahora. La posición actual es tan mala que es difícil imaginar cosa peor.

El pueblo está arruinado y su ruina se hace cada día más completa. Los hombres se han vuelto todos esclavos de la guerra, y de día en día esperan las órdenes de matar y hacerse matar. ¿Qué más falta? ¿Tendrán que morirse de hambre los pueblos arruinados? Eso empieza ya en Rusia, en Italia y en la India. ¿Falta obligar a las mujeres, como a los hombres, a servir de soldados? En el Transvaal eso empezó a ponerse en práctica.

Así es que, aun cuando la supresión del gobierno resultara la anarquía, en el sentido negativo de la palabra, como queriendo decir desorden —lo que está muy lejos de su verdadera significación—, aun todavía, en ese caso, ningún desorden anárquico podría ser peor que la situación a que los gobiernos ya han llevado a sus pueblos y hacia donde están llevándolos.

Y por consiguiente la emancipación del patriotismo, y la destrucción del despotismo del gobierno que descansa en él, no puede ser sino benéfica al género humano.

¡A despertar, hombres! ¡Y por vuestro propio bienestar físico y espiritual, por el amor de vuestros hermanos y hermanas, pensad, reflexionad con calma en lo que estáis haciendo!

Reflexionad, y comprenderéis que vuestros enemigos no son los boers ni los ingleses, ni los fins, ni los rusos, sino que vuestros enemigos —vuestros enemigos— sois vosotros que mantenéis con vuestro patriotismo los gobiernos que os oprimen y os hacen infelices.

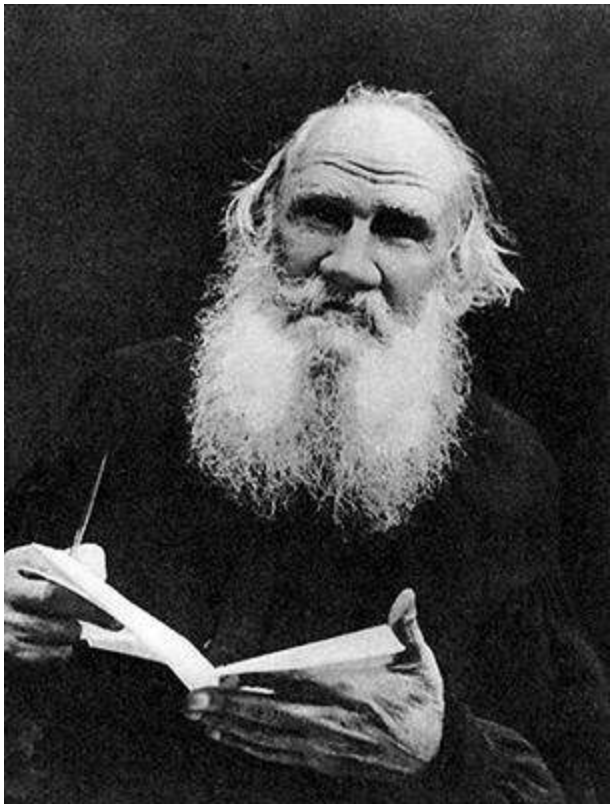
Se encargaron ellos de protegeros de todo peligro, y han llevado su pseudo-protección al punto de que vosotros todos os habéis vuelto soldados o esclavos y estáis arruinados u os estáis arruinando más y más, y de un momento a otro podéis y debéis esperar que la cuerda tan tirante se corte, y que una matanza atroz de vosotros y de vuestros hijos resulte en consecuencia.

Pero por más grande que sea la matanza aquella, y cualquiera que sea la conclusión del conflicto, el mismo estado de cosas continuará. De la misma manera, y todavía con más encono, los gobiernos os armarán, os arruinarán y pervertirán a vosotros y a vuestros hijos, y nadie os ayudará a contener el mal o impedirlo si vosotros mismos no os ayudáis; y no hay más que un modo de ayuda posible que consiste en la abolición de la liga terrible de aquel cono de violencia que permite a la persona o a las personas que consiguen posesionarse del ápice, ejercer poder tan grande sobre todos los otros, y mantener el poder tanto más firmemente cuanto más crueles e inhumanos son como vemos en los casos de Napoleón, Nicolás I, Bismarck, Chamberlain, Rhodes y nuestros dictadores rusos que gobiernan al pueblo en nombre del Czar.

Y no hay más que un solo medio para destruir este encadenamiento: sacudiendo la sugestión del patriotismo.

Tenéis que comprender que todos los males que sufrís, vosotros mismos los causáis prestando crédito a las sugestiones de los emperadores, los reyes, los miembros del parlamento, gobernantes, capitalistas, sacerdotes,

autores, artistas y todos los que necesitan esta mentira del patriotismo para poder vivir a costa de vuestro trabajo, y que por eso mismo os engañan.



LEV NIKOLÁIEVICH TOLSTÓI. Nació en 1828, en Yásnaia Poliana, en la región de Tula, en el seno de una familia aristocrática. En 1844 empezó a cursar Derecho y Lenguas Orientales en la Universidad de Kazán, pero dejó los estudios y llevó una vida algo disipada en Moscú y San Petersburgo. En 1851 se enroló con su hermano mayor en un regimiento de artillería en el Cáucaso. En 1852 publicó *Infancia*, el primero de los textos autobiográficos que, seguido de *Adolescencia* (1854) y *Juventud* (1857), le hicieron famoso, así como sus recuerdos de la guerra de Crimea, de corte realista y antibelicista, *Relatos de Sebastopol* (1855-1856). La fama, sin embargo, le disgustó y, después de un viaje por Europa en 1857, decidió instalarse en Yásnaia Poliana, donde fundó una escuela para hijos de campesinos. El éxito de su monumental novela *Guerra y paz* (1865-1869) y de *Anna Karénina* (1873-1878), dos hitos de la literatura universal, no alivió una profunda crisis espiritual, de la que dio cuenta en *Mi confesión* (1878-1882), donde prácticamente abjuró del arte literario y propugnó un modo de vida basado en el Evangelio, la castidad, el trabajo manual y la renuncia a la

violencia. A partir de entonces el grueso de su obra lo compondrían fábulas y cuentos de orientación popular, tratados morales y ensayos como *Qué es el arte* (1898) y algunas obras de teatro como *El poder de las tinieblas* (1886) y *El cadáver viviente* (1900); su única novela de esa época fue *Resurrección* (1899), escrita para recaudar fondos para la secta pacifista de los dujobori (*guerreros del alma*). En 1901 fue excomulgado por la Iglesia ortodoxa. Murió en 1910, rumbo a un monasterio, en la estación de tren de Astápovo.